

La bala en el corazón

I

El odio que sentía por ellos era tan fuerte como cuando me dijeron que mis padres habían sido fusilados. Mi familia era bastante apreciada en Galicia , mi lugar de nacimiento: los hombres de mi familia habían trabajado como médicos durante muchísimas décadas y había llegado a ser una tradición. Por la costumbre familiar se esperaba de mí que estudiara en una buena escuela y, lo más importante, que me casara con un marido adecuado a mi posición social. No pensaba si eso era lo que quería, lo asumía como un deseo de mis padres, pero cuando perdí a mi familia, mi casa y mi ciudad, tuve que cambiar muchas costumbres.

Viajé a Valencia donde vivían mis tíos. Eran de clase media y yo no podía ser una carga para ellos, de modo que pronto tuve que empezar a trabajar. Lo que consideraba más adecuado era el trabajo de enfermera, ya que gracias a mi padre había adquirido algunos conocimientos básicos y podía empezar a trabajar sin problemas.

El día 30 de enero de 1939 fue el día en que tomé conciencia de que el ser humano tenía una enorme cantidad de sangre. Si no han visto a una persona sangrando no se lo pueden imaginar. De todos lados se oían los bombardeos y los gritos de la pobre gente que intentaba escapar con su familia, sin darse cuenta de que ya no tenían adónde ir. Ya solo faltaba que cayera Valencia. Ese día la puerta del “Hospital de Sangre” como lo llamaban, no se cerraba. Estaba ocupándome de hombres , mujeres y niños y de gente de todas las orientaciones políticas.

- Yo no soy juez y no puedo decidir si alguien debe morir o sobrevivir – me repetía.
- ¿Estás bien Alicia ? – me preguntó mi amiga Carmen con una cara preocupada. No había tiempo para explicarle que cada vez que tenía un paciente franquista entre mis manos me daban ganas de no mover ni un dedo por él pensando en vengar a mi familia fallecida.

Durante todo el día estaba pidiendo a Dios que no les pasara nada a mis tíos, que mis próximos pacientes no fueran ellos. Cuando aquella noche de sangre terminó me fui corriendo a mi casa . Abrí la puerta . Al entrar me dejé caer en los brazos de mi tía. ¡Qué alivio!

- Estoy tan feliz de verte – me dijo mi tía con ojos vidriosos mientras me abrazaba.
- Y yo, tía. Todo el día he estado viendo heridos y ni siquiera me he podido escapar del hospital .
- Pues aquí estamos todos – murmuró mi tío mientras nos preparaba el té.

Mi tío era un hombre bastante apático. Nunca le había visto emocionado, por lo

tanto tampoco me sorprendió hoy su reacción. Por el contrario, mi tía era una mujer emocional. Solía levantarse cantando, pero cuando se enfadaba con mi tío la casa se movía en sus cimientos. Mis padres nunca discutían parecían tan concordes que era imposible separarlos.

II

- ¡Deja de bostezar! Ahí tienes a un paciente que necesita que le cambies las vendas, no cobras el sueldo por no hacer nada. – me gritó la enfermera jefe.

- Ya voy – le respondí con cierta tranquilidad.

Me costaba mucho mantenerme concentrada cuidando de un hombre tan atractivo porque a pesar de su pierna herida y la cara rasguñada le consideraba un hombre muy guapo. Le habían disparado en la pierna y ahora sufría de fiebres muy graves. Por un lado quería que abriera los ojos para ver su color, que hablara para que yo oyera su voz pero, por otro lado, era una chica muy tímida y no sabía qué decir, así que por lo menos la fiebre me salvó del ridículo.

Los días pasaban tan lentos y monótonos que la vida me empezó a parecer eterna. En la radio se oían solamente las noticias, los discursos de Franco y la gente se tragaba sus promesas. Era difícil diferenciar un día del otro hasta que un día mi paciente se despertó .

- No sé cómo te puedes enamorar de un hombre desconocido – bromeó Carmen.

- ¿Pero qué dices ? Cómo voy a estar enamorada, es mi paciente y es mi trabajo cuidarle.

- ¿Más que a los otros? A mí no me puedes ocultar nada, he notado el interés con el que le has estado curando los últimos días. – me acarició la mejilla y se fue.

No me quedé mucho tiempo helada por la conversación que habíamos tenido y me fui corriendo a su cama. Allí estaba con sus ojos oscuros y la cara confusa. La voz se le iba templando mientras me preguntaba quién era y dónde estaba. Anhelaba poder ayudarle y me imaginaba que su familia le estaría buscando, pero sabía que lo mejor que podía hacer era dejar que recuperara la memoria y ese tiempo lo decidí aprovechar. He de confesar que le atendía más que a los otros pacientes y después del trabajo me quedaba un buen rato con él, charlando mientras jugábamos a las cartas.

Hasta que un día, al llegar al hospital, encontré su cama vacía. Mis compañeras me dijeron que se había ido hacía poco, durante los días libres que había tenido. Me pareció una traición, no podía entender cómo se podía ir sin decirme nada. A partir de entonces me sentía fatal yendo a mi trabajo sabiendo que él no estaba allí, la ciudad me parecía poco amistosa y el aire pesado para respirar.

Era un caluroso día de junio, de esos tan típicos de Valencia, cuando por fin apareció. La guerra empezaba a ser un mal recuerdo y la sórdida posguerra acababa de comenzar. Estaba saliendo del Hospital cuando sentí que un par de ojos oscuros se clavaban en mí. Me di la vuelta y allí estaba, sonriente.

- Hola Alicia , te estaba esperando en el banco desde hace ya un buen rato.
- Yo te he estado esperando bastante más tiempo, ¿no crees? – le espeté. Me esforzaba en parecer enfadada, pero reconozco que pronto deje de tratarle como a un malvado. Dejó de interesarme dónde había estado tanto tiempo, y cuando me preguntó si quería ir a conocer Valencia le respondí un sí sin vacilar.
- Me llamo Rafael – dijo de repente mientras estábamos cruzando la calle.
- ¿Ya te acuerdas?
- Por eso me fui sin despedirme... De repente empecé a acordarme de mi vida y necesitaba ver a mi madre.
- Lo entiendo. En tu lugar habría hecho lo mismo.
- ¿No eres de Valencia, verdad ?
- No. Soy de Galicia, me trasladé aquí para estar más cerca de mis tíos. Son la única familia que tengo.
- ¿Qué pasó con tus padres ?
- Fueron fusilados durante la guerra.
- Lo siento – dijo y me cogió de la mano por unos instantes. Nos callamos unos minutos mientras paseábamos. Todo ese tiempo intentaba echar la imagen de mis padres de mi cabeza y disfrutar de la tarde, aunque no era nada fácil, y faltó poco para que empezara a llorar. Supongo que Rafael se dio cuenta y me dijo :
- Venga gallega, te voy a enseñar mi querida Valencia.
- Vale – le respondí, agradecida de que rompiera el silencio.

Íbamos caminando hacia el casco histórico de la ciudad, mientras charlábamos. Me quedé asombrada de cómo podía hacer tan buenas migas con él . Nunca me había considerado clasista, pero sí esperaba que Rafael fuera más sencillo que los novios que me habían presentado mis padres. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que era bastante más culto y educado que aquellos imbéciles de la alta sociedad. Podíamos hablar de arte, literatura, ciencias... Habría sido una preciosa tarde aunque no hubiéramos hecho más que charlar, pero hay que admitir que los lugares que visitamos valían la pena. Dimos una vuelta por el centro, paseando por el Barrio del Carmen hasta llegar a la Plaza de la Virgen, con su preciosa catedral. Después fuimos a los Jardines de Monforte. Hay que ser insensible para no sentir la calma sobre este lugar. Nos sentamos en un banco, cerré los ojos y dejé de responderle. Necesitaba recordar este momento ya que después de mucho tiempo me sentía muy feliz, no quería que ese recuerdo se me escapara.

- Te gustan los jardines, ¿verdad?
- Me encantan. El aire de aquí es tan extraordinario... Es como si oliera el arnadí recién sacado del horno, los naranjos en su plenitud y como si las olas de mar me acariciaran en la cara.

- ¿Y qué sentías en Galicia?

- Es que en Galicia no me paraba a pensar en estas cosas. Me aburría de la vida. Las tragedias personales cambian el punto de vista con el que miras al mundo, ¿no crees?

- Desde que mi padre murió me he preocupado yo de llevar el dinero a casa.

-¿Qué pasó con tu padre, Rafael?

- Murió de tuberculosis y desde entonces mi mamá se volvió loca. No puede disfrutar de la vida sin él. - dijo y giró la mirada hacia la otra parte de los jardines, por donde se acercaba un guardia civil.

- ¡Arriba España! – gritó el policía a su paso.

- Arriba – le respondió Rafael. Yo me quedé callada. Esperé a que se fuera el policía y con una voz dolida le pregunté a Rafael si era franquista. Tengo que reconocer que era una valentía un poco absurda preguntarle, porque se notaba el asco que sentía yo por los franquistas y solo por eso me podían hacer de la vida un infierno.

- Entré en el ejército por el sueldo que cobraban los soldados. Era bastante dinero y con eso mi madre podía pagar la casa y le quedaba lo suficiente para vivir bien. – me respondió y al oírlo empecé a llorar.

- Lo siento Alicia, no me planteaba ser un asesino, fue la situación la que me obligó.

-¿Cómo quieres que me trague eso, si tú mismo dices que eres un asesino. La gente como tú ha matado a mis padres!

- No te hagas falsas ilusiones, los republicanos también mataban durante la guerra .. Incluso quemaron a gente en las iglesias...

Esa fue la última gota que colmó el vaso. Pasé de la fantasía al mundo real y salí del parque. Me costó mucho encontrar el camino a casa. Cuando llegué me fui directamente a mi habitación y empecé a llorar. Paso algún tiempo hasta que oí que llamaban a la puerta. Era mi tía, con una cara preocupada, supongo que había oído mis lamentos. Me empezó a acariciar el pelo y a secar las lágrimas.

- Siempre que una mujer llora de ese modo es un asunto de amor – dijo. Y yo no la respondí. – Alicia, la vida es demasiado corta para enfadarse y lamentarse. Lo que sí que vale es la felicidad y por ella hay que luchar. Debes aprender a comprender a las personas y perdonar lo incomprensible. – Me calmé un poco y le di un beso en la mejilla cuando se levantó para irse. Estaba tan cansada que me dormí en seguida.

A la mañana siguiente empecé a recordar toda la tarde anterior, aquel momento en los jardines que estuvo a punto de arruinarse por la política. A lo mejor de verdad Rafael había entrado en el ejército solo por dinero. No tenía muchas posibilidades de encontrarle, ya que sabía solo su nombre y en una ciudad tan grande hay miles de Rafaeles. Cada día después de trabajar me iba a pasear por Valencia y esperaba encontrarle. De nuevo visitaba todo que me había enseñado... y así iba conociendo la ciudad cada vez mejor hasta conocer cada rincón. Pero con el paso del tiempo empecé a perder la fe. Era como buscar una aguja en un pajar. No nos hubiéramos visto más si él no hubiera venido al hospital . Estaba escribiendo en las tarjetas la medicación cuando alguien me tocó en el hombro.

- Necesito hablar contigo Alicia – en su cara se notaba la tristeza.

- Si no tuvieras la carga de mantener a tu madre o pagar la casa qué te gustaría hacer?

- Me gustaría ser maestro.

- ¿En qué trabajas ahora? ¿Sigues como soldado?
 - Estoy dándole vueltas... de momento trabajo de albañil en la reconstrucción de los edificios – me respondió. – Lo que vi en la guerra dejó marcas muy fuertes en mi mente. Cada noche me despierto con pesadillas, Alicia. Tú misma dijiste que las tragedias cambian el punto de vista que tienes sobre el mundo.
 - Entiendo – dije y sonreí
 - Me gustaría que me perdonaras por no haber sido sincero desde el primer momento.
 - Hay que aprender a perdonar lo incomprensible.
 - Eres una mujer excepcional – dijo en voz baja.
- Unos segundos después me estaba cogiendo suavemente la mano y nuestras miradas estaban llenas de esperanza y felicidad.

III

“Estas rachas de marzo, en los desvanes
--hacia la mar-- del tiempo; la paloma
de pluma tornasol, los tulipanes
gigantes del jardín, y el sol que asoma,
bola de fuego entre dorada bruma,
a iluminar la tierra valentina...
¡Hervor de leche y plata, añil y espuma,
y velas blancas en la mar latina!
Valencia de fecundas primaveras,
de floridas almunias y arrozales,
feliz quiero cantarte, como eras,
domando a un ancho río en tus canales,
al dios marino con tus albuferas,
al centauro de amor con tus rosales .”¹

Su voz dejó una sensación maravillosa en mí, como cada vez que me recitaba algo. Nos quedamos pensando en los sonoros endecasílabos. Sin embargo, nuestro momento poético era muy frágil y mis nietos lo rompieron.

- Abuela, Alberto no me quiere prestar el patinete. – dijo Victoria chillando.
- Tranquilízate Victoria... y tú Alberto, no seas tan avaricioso.

Nos levantamos del banco. Los niños nos cogieron de la mano, y fuimos todos juntos paseando hacia la heladería del parque. Los dos eran tan curiosos que pensaba que sus preguntas no me podrían sorprender demasiado, pero reconozco que cuando me preguntaron por la guerra me quedé helada de repente. Por suerte Rafael tomó la palabra y les respondió:

- Fue una época muy mala, niños. Siempre hubo guerras entre naciones, pero las luchas entre hermanos son muy dolorosas.

¹“Amanecer en Valencia” de Antonio Machado

- Nuestra madre nos ha dicho que no habláramos de eso ante vosotros ... – dijo Victoria
- Dice que tus padres murieron durante la guerra – añadió Alberto
- No es nada agradable, cariño, como te puedes imaginar. Sois pequeños para comprenderlo del todo y sinceramente, espero que nunca tengáis que entenderlo... que crezcáis en libertad, sin miedos ni compromisos. – Lo anhelaba.

Aunque habían pasado tantos años todavía sentía miedo al ver a los policías. Cuando alguien llamaba a la puerta no podía evitar un escalofrío, pensando que era la guardia civil que se había enterado de que mis padres eran republicanos...

Rafael a veces se despertaba todo sudado gritando, con una mala pesadilla. Se dice que el tiempo cura las heridas, sin embargo, no las borra.

“Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único.”²

² Agatha Christie